

EL TESTIMONIO DE UN JOVEN

EN UNA pequeña aldea de Etiopía, tres muchachos decidieron ir juntos a la escuela primaria adventista de Kuyera. Habían asistido probablemente a la escuela de su propia aldea y habían aprobado tal vez el tercer grado, pero querían aprender algo más.

Consiguieron el permiso de sus padres y se fueron a pie hasta la escuela, que quedaba a un día de viaje. Cuando comenzó el año escolar, fueron admitidos en cuarto grado. Las clases les gustaban mucho, y en ellas aprendieron no sólo a leer y escribir, sino también las maravillosas historias de la Biblia y lo que ella enseña acerca del sacrificio de nuestro Señor Jesús en la cruz, su resurrección y su segunda venida. Y, por supuesto, conocieron la verdad del sábado.

Cuando terminó el año escolar, hablaron con el director de la escuela y le pidieron que les permitiera regresar al año siguiente, y se fueron. Al llegar a una de las primeras aldeas de su región, buscaron un lugar donde pudiesen dormir y comer. Luego invitaron a los aldeanos a venir para escucharlos.

La mayoría de los habitantes de la comarca eran mahometanos; pero pensaron que esos muchachos no podían ser peligrosos, y acudieron muchos. Un hombre llamado Ereso se interesó en forma especial. Como tenía una memoria prodigiosa se dedicó a contar a otros lo que había oído, y continuó así la obra de los muchachos después que éstos hubieron regresado a la escuela.

He aquí cómo procedía: Asistía a todos los funerales que se celebrasen en el vecindario. Esperaba hasta que hubiesen terminado las ceremonias, y luego reunía a la gente y le hablaba de la resurrección.

-¿Dónde aprendiste todo esto? - le preguntaban. - ¿Cómo sabes que es la verdad? ¿Acaso has ido a la escuela y sabes leer?

Ereso tenía que confesar que no sabía leer ni había ido a la escuela de la misión, y decidió visitarla, para asegurarse de que los muchachos le habían dicho la verdad.

En la escuela se encontró con uno de nuestros evangelistas etíopes, y éste le dió estudios bíblicos durante varios días.

Volvió luego Ereso a su pueblo, y no se limitó a hablar en los entierros, sino que yendo de casa en casa hablaba a la gente de toda la historia de la salvación. Su instructor, el evangelista le visitó como un año más tarde, y encontró que Ereso había ganado a su esposa para la verdad. También había construido una capillita donde cada sábado se reunían de veinte a treinta hombres para escuchar el mensaje que Ereso les predicaba.